

Poco antes del alba, por secreta puerta del castillo de Muley-Assen salieron Zulima y Rui Lope. Esquivando indiscretas miradas y al galope que permitian los corceles, ganaron la próxima montaña y tomaron el camino que al campamento cristiano conducía. Ya creían verse libres de que los del castillo les hubiesen visto partir y empezaban á regocijarse; mas por desgracia aquel camino conducía también á Granada, y al dar vuelta á un recodo encontráronse con Mored-Alid y los suyos, que venían en dirección opuesta. Terrible momento: los moros eran seis y Rui Lope uno, teniendo á mas que proteger á Zulima. Al ver á los fugitivos, Mored-Alid sacó su alfanje y exclamó con gozo mal reprimido:

—¡Ah, vosotros mismos os entregáis! Tú, perro cristiano, morirás; y en cuanto á ti, falsa mahometana, nada logrará apartarte de mi lado.

Con reposado continente y majestuosa voz exclamó Rui Lope:

—Vosotros sois seis, yo uno; si teneis alma noble y generosa dejareis que me defienda, pues de seguro me venceréis; mas no me mateis cobarde y traidoramente.

—No es tal nuestro ánimo, defendete como quieras.

—Está bien, solamente os pido que combatamos á pié.

—Sea, exclamaron los infieles, y tanto ellos como Zulima y Rui Lope, echaron pié á tierra. Arrimóse el jóven capitán á un corpulento árbol que en un pequeño ribazo se elevaba, el cual le protegía por la espalda, y teniendo á su lado á Zulima empezó á luchar con los moros. Viendo esta lo desigual de la lucha y el fatal resultado que habia de tener se arrodilló, y sollozando dijo:

—¡Virgen purísima y santa, ampáranos en tan duro trance, danos tu proteccion y haz que tu sacrosanta religion quede triunfante!! Y tú, Mored-Alid, que tanto dices me amas, no causes la mayor de mis desventuras, pues al morir Rui Lope, moriré yo tambien.

—No esperes proteccion de tu pérfida Virgen, exclamó Mored-Alid, el Profeta vendrá en mi ayuda y venceré. Yo destruiré al cristiano que quiere arrebatarme mi dicha y aniquilar mi religion, queriéndola sustituir por otra falsa, indigna..... mas en aquel mismo momento como si los cielos hubieran querido castigar tales blasfemias, apareció por entre las cortaduras del terreno un enorme lagarto que fijaba sus encendidos y centelleantes ojos en Mored-Alid. Mas bien que inmundo reptil parecia horrible mónstruo que queria hacer pagar al moro la osadía que tuviera. Tal vez era el espectro de su conciencia, para hacerle comprender lo enorme de su delito. Lo cierto es que al verle Mored-Alid dió un grito, recordó la prediccion de la noche y la supersticion dominó á aquel apocado espíritu religioso. Volvióse al punto, se puso al lado de los amantes, y arremetió contra sus mismos compañeros exclamando:

—Virgen de los cristianos protegedme.

Dos musulmanes yacían en tierra derribados á los certeros golpes de Rui Lope, y los tres restantes al ver la extraña variacion, para ellos incomprendible, de Mored-Alid, le acometieron furiosamente llenándole de horribles dictorios. Defendieronse este y el cristiano de tal suerte, que otros dos árabes mordieron el polvo en su agonía, y el tercero huyó precipitadamente, mas Mored-Alid al terminar el combate cayó al suelo. Corrieron Zulima y Rui Lope á socorrerle y le hallaron con mortal herida, pero no muerto. El deseo de luchar le habia sostenido en pié, mas al ver concluida la lidia, cayó desvanecido al suelo. Gracias á un poco de agua fresca de cercano arroyuelo conque le rocía

SEGUNDA SERIE. —1866.

ron el rostro, entreabrió los ojos, y se encontró que Zulima le sostenia mientras que el capitán trataba de contener la sangre que brotaba de la herida. Dos lágrimas saltaron de los ojos del moribundo, y cogiendo las manos á los amantes les dijo:

—Gracias, hermanos, mas mi muerte es inevitable, y despues de contarles la prediccion de Benisenmucef, añadió: es el castigo que el cielo me envia por mis crímenes. Perdonadme el mal que queria causaros, y que vuestro Dios acoja mi alma en su santa gloria. Vosotros se lo pediréis, yo arrepentido de mis errores tambien le pido perdon. Segun decís, Dios es justo y misericordioso; pues bien, que por su bondad infinita juzgue mis intenciones, perdone mis pecados y me manifieste y conceda su divina gracia.

Rui Lope cogiendo con la mano un poco de agua la echó por la cabeza de Mored-Alid, diciendo: yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, bajo la invocacion y nombre de San Manuel, Hijo de Dios verdadero, y hecho hombre por redimirnos del pecado.

Zulima lloraba y pedía á la Virgen la salvacion de aquel que fué su enemigo. Saludable consuelo el de la religion católica, fuente inagotable de dichas sin cuento, sublime ideal de la razon y del entendimiento, bálsamo dulce de toda desgracia y amargura. Gloria eterna á religion, cuya primera página es: *Perdona á tus enemigos, y ámalos como á ti mismo.*

Jamás los errores de falsas teorías, las ideas de estraviados filósofos, los sofismas de sacrilegos soñadores, ni las invenciones de ambiciosos sin nombre, crearán una máxima capaz de competir siquiera con la que sirve de lema á nuestra sagrada religion.

Al ver Mored-Alid efectuada la ceremonia del bautizo, exclamó:

—Gracias, Dios mío, has escuchado mis ruegos y el de estas cristianas criaturas que me ayudan á bien morir. Veo que me concedes tu perdón, muero tranquilo. Adios, hermanos míos, Dios premie vuestra caridad, Dios os haga felices, Dios os bendiga: aquí la muerte cortó su despedida y puso término á tan dolorosa escena.

Rezaron Zulima y Rui Lope por breves momentos sobre el cuerpo de Mored-Alid, montaron otra vez á caballo, llevando el capitán, atravesado en el suyo, el inerte cuerpo del moro, llegando en esta forma y sin mas tropiezo al campamento cristiano.

EPÍLOGO.

Dos palabras para concluir estas mal pergeñadas líneas. Zulima se hizo cristiana, abjuró los errores del Corán, y llegó á ser cariñosa esposa de Rui Lope de Herrera, siendo ambos muy queridos de los Reyes Católicos.

Muley-Assen, despues de la conquista de Granada, viéndose solo, viejo y abandonado, llamó á su hija y á su esposo, perdonó la falta de aquella, y reunidos los tres vivieron en el castillo largo tiempo, durante el cual, los hijos pudieron hacer que Muley-Assen abandonara la religion musulmana y se hiciera tambien católico. A Mored-Alid se le dió sagrada sepultura despues de magníficas honras fúnebres. Benisenmucef tuvo que huir, y habiendo hecho circular Rui Lope la historia de la prediccion, se dió desde entonces á la morada del pérfido nigromante el nombre de *Cueva del lagarto*, el cual conserva aun hoy dia.

Tal es la tradicion que oi no ha mucho en las márgenes del Genil, á una linda colona de los señores que al presente

AÑO XXIV. 3

habitan el castillo de Muley-Assen. Dichoso yo si he conseguido distraer algun tanto á mis bellas lectoras con la relacion de tan estraños sucesos.

FERNANDO MELLADO.

DE LOS MORMONES.

SECTA POLÍTICO-RELIGIOSA DEL NORTE-AMÉRICA.

Los que han recorrido la historia no habrán dejado de observar que despues del nacimiento del cristianismo, á pesar de que nuestra fé católica únicamente respira pureza y santidad, ha habido una multitud de sectas religiosas, mas ó menos absurdas, que no contentándose con desvirtuar los Evangelios y el gran principio de autoridad en que descansa el catolicismo, cuyo norte y punto de partida es el Gran Vicario de nuestro Redentor divino, el Pontífice romano, han intentado tambien introducir bajo el nombre mentiroso é impio de útiles reformas, dogmas supersticiosos y falsas creencias, perjudiciales á la moral, á la religion y á la politica. Son muchas las obras que confirman esta gran verdad; pero ninguna, á nuestro entender, descuella con tanto brillo entre las de este género, como la del antiguo obispo de Blois, Mr. Grégoire, la cual lleva por titulo: *Historia de las sectas religiosas que desde el principio del siglo pasado hasta la época actual, han nacido y se han modificado y estinguido en las cuatro partes del mundo* (1). En esta obra, tan docta como original y curiosa, figuran las mayores aberraciones del espíritu humano, en términos que, el que la lea con alguna detencion, se inclina á creer que el hombre ha recorrido ya la ruinosa senda de todos los errores mas vergonzosos y de todos los absurdos mas repugnantes que dicen relacion con las creencias religiosas, así que no es fácil ni hacedero inventar otros, y formular nuevas sectas. ¡Lamentable engaño para desventura y baldon de nuestra estirpe! En la América del Norte, hace ya muchos años, que ha nacido la secta de los Mormones, y todavia existe, aunque destinada á morir, tanto por los groseros errores en que se funda, como por sus principios antisociales y disolventes, opuestos á la verdadera civilizacion, porque tienden muy directamente á quebrantar los lazos de familia, no respetando la modestia ni el pudor del bello sexo.—Vamos á bosquejar un cuadro rápido y ligero de esta famosa secta, comenzando por dar una idea de su origen y sus progresos.

Los Mormones afirman en tono muy grave y serio, que deben su religion y sus creencias al jóven José Smith, natural de la ciudad de Sharon, condado de Windsor, perteneciente al Estado de Vermont, y hablando de este primer apóstol del mormonismo y del origen de su secta, se expresan en esta forma: «José Smith abrió los ojos á la luz del día el 23 de diciembre de 1805, y dotado por la naturaleza de una inteligencia privilegiada, conoció desde muy temprano que estaba dominado por una fuerza de intuicion irresistible, y que tenia algo de divino. Con efecto, apenas cumplido el tercer lustro reflexionó sobre la necesidad de

(1) Se publicó en 1814.—Esta obra, recomendable bajo todos conceptos, ha sido traducida del francés á varios idiomas extranjeros.

prepararse para un futuro estado de existencia muy distinto del que es comun y ordinario en el curso de nuestra vida. Pero ¿cómo lograrlo, y de qué medios servirse? Una vision celeste resuelve el gran problema. Un día Smith se retiró á un bosque no muy distante del techo paterno, é invocó al Señor hincado de rodillas. En un principio se le agolparon horrendas tentaciones por obra de los ángeles de las tinieblas; pero Smith luchó contra los enemigos, y por último, disipadas las tentaciones, que ofuscaban su espíritu, pudo elevar con fervor sus plegarias al cielo. Fué mucha la expansion de su alma, y esperando con anhelo que el Todopoderoso no dejaria de escucharle, vió resplandecer sobre su cabeza una brillante y misteriosa luz, que, estendiéndose y bajando, adquiria cada vez mas brillo, y despues de haber tocado la cima de los árboles, envolvió sus ramas y á nuestro José, iluminando todo el bosque. En este mismo instante se le presentaron dos seres sobrenaturales de igual forma, y le dijeron que le habian sido perdonadas todas sus culpas. Consolaron al propio tiempo su conciencia, disipando los escrúpulos que la agitaban, y añadiendo que Dios en ninguna de las sectas religiosas existentes reconocia su verdadera Iglesia y su reino, porque no poseian la verdadera doctrina. Le prometieron, finalmente, que llegaria el día en que á él solo seria revelada, para dar complemento al Evangelio. Esta vision dejó al espíritu de Smith en una calma y tranquilidad indescriptibles; pero era todavia muy jóven, y no sabiendo resistir á la mucha fuerza de sus pasiones, no se separó de las vanidades del mundo. Remedió, sin embargo, sus faltas, dando repetidos testimonios de un grande arrepentimiento, y Dios, en la noche del 21 de setiembre de 1824, acogió nuevamente con benignidad los ruegos de José Smith. En aquel mismo instante su casa se llenó de tanta luz, que él la creyó presa de las llamas; pero conoció desde luego su engaño, y entonces fué mucha la tranquilidad de su espíritu, y no poca su alegría. Se le presentó en tanto otro personaje, con una aureola de mas resplandeciente luz: su porte era majestuoso, pero respiraba tanta afabilidad y dulzura, que desterró toda especie de temor del corazon de nuestro José. Era mas alto que los hombres de nuestro siglo, y su traje, enteramente blanco, no tenia costuras. Dijo á José Smith que era un ángel del Señor, enviado á fin de manifestarle que habia sido absuelto de todos los pecados, y que sus ruegos no dejarian de ser atendidos. Le dió además la fausta y consoladora noticia de que iban á realizarse las promesas de Dios al antiguo Israel en cuanto á su posteridad, siendo ya próxima á comenzar la grande obra preparatoria para la segunda venida del Mesías, y siendo ya muy próximo el tiempo en que el Evangelio seria predicado en su plenitud á todas las naciones. Le dijo tambien, que se otorgaria esclusivamente á un pueblo el don de la fé y rectitud para preparar el reino de Cristo, durante los mil años de alegría y paz prometidos al mundo. A estas revelaciones añadió otras mas importantes aun. Dijo á Smith que los indios de América eran una fraccion de Israel, que cuando emigraron por primera vez poseian el pleno conocimiento del verdadero Dios, que disfrutaban de su favor y de sus bendiciones, y que tenian profetas y escritores encargados de redactar la historia de los mas grandes acontecimientos, que esta historia fué escrita, y que pasó de generacion en generacion, hasta que el pueblo que era su depositario quedó en su mayor parte aniquilado. Pero esos anales, dijo, existen todavia, y fueron bien conservados para bien de la humanidad y para que no cayeran en las manos de los malva-

dos. Contienen muchas revelaciones que se refieren al Evangelio y al reino de Dios, y encierran profecías relativas á los acontecimientos de los últimos días del mundo. El Señor ha resuelto publicarlos para cumplir sus promesas, y tú, José Smith, serás el gran instrumento de que Dios quiere servir en esta circunstancia: seas, pues, fiel al Todopoderoso.»—Después de esta larga arenga el ángel desapareció, pero José Smith tuvo la misma visión otras dos veces durante la noche. Al amanecer se le apareció nuevamente el ángel, le indicó el lugar en donde estaban conservados los anales y le dijo que fuese á buscarlos sin demora.

«El viajero, andando por el camino de Palmira, condado del Mayne, y que conduce á Canandigua, condado de Ontario en New-York, antes de llegar á la aldea de Manchester, descubre á uno de sus lados, y á distancia de una media legua ó poco mas, una colina situada al Este. En ese paraje desierto estaban sepultados los anales misteriosos. Smith, á quien el ángel lo habia revelado todo, socabó la tierra, y en el fondo de un gran foso vió una piedra, cimentada con cal y arena, y cuya superficie era muy reluciente y tersa. Otras cuatro piedras colocadas en sus ángulos y tambien fuertemente cimentadas, la daban la forma de un cofre, bastante ancho para contener una de aquellas corazas que servian de defensa á los antiguos contra las flechas y lanzas enemigas. En su centro habia tres pequeñas columnas, y sobre ellas descansaban los anales. Cubria todo este aparato una sesta piedra, llana y lisa en su parte interior, pero cóncava y áspera esteriormente. José Smith lo contemplaba todo con maravilla y estupor, cuando se le apareció el ángel radiante de luz. Entonces el Espíritu Santo llenó de grandeza y majestad su alma: se abrieron los cielos: llovió sobre su cabeza la gloria de Dios, y el mensajero celeste le dijo: «Mira: ¡Espectáculo asombroso! Smith vió al príncipe de las tinieblas, rodeado de una inmensa falange de espíritus malignos: tiembla y guarda silencio, pero el mensajero le infunde valor, y le habla en esta forma: «Lo que ves, es el bien y el mal, lo santo y lo impío, la gloria de Dios y la potencia de las tinieblas, á fin de que tú conozcas desde hoy á la última, y no te dejes dominar ni vencer de ella. En tanto, te digo, que no puedes obtener en la actualidad la posesión de los anales, porque Dios quiere que sean el premio de una obediencia fiel y de repetidas súplicas. En ellos está depositada la plenitud del Evangelio, sacado nuevamente á luz por la omnipotencia de Dios, tal como fué dado en tiempos antiguos á su pueblo sobre la tierra. Ese mismo Evangelio será predicado á los gentiles, de quienes lo recibirán otros muchos, y la semilla de Israel se renovará en el campo del Señor.»

«Esto sucedió el 2 de setiembre de 1823; y el mensajero celeste, después de haber dado frecuentes instrucciones por espacio de cuatro años á José Smith, le entregó los anales el día 22 de setiembre de 1827. Estaban escritos en lengua egipcia, y grabados sobre planchas relucientes como el oro: cada una de ellas tenia de siete á ocho pulgadas de ancho y otras tantas de largo, y un espesor poco menos fuerte que el de las hojas del estaño mas comun y ordinario. Todas sujetadas por tres anillos formaban un solo volumen, que tenia casi seis pulgadas de espesor. Sus caracteres, bien grabados y muy pequeños, eran el mas claro testimonio de su mucha antigüedad. Iba unido á ese códice divino un curioso instrumento, llamado en tiempos muy remotos URIM y TUMMIM: se componia de dos piedras limpias y transparentes como el cristal; y el sumo sacerdote del pueblo hebreo se adornaba el pecho con ese instrumen-

to misterioso en los casos mas difíciles y que interesaban á toda la nacion, porque el URIM y TUMMIM le comunicaba el don de profecía en términos tan precisos, que le bastaba mirarle para adivinar lo pasado y lo futuro. Nuestro apóstol, José Smith, tradujo con el uso de este instrumento y el auxilio divino los anales.»

Todo este largo relato, que hormiguea de estravagancias y ridiculeces mas que las leyendas mitológicas de Grecia y Roma, y las muchas que tenemos de la Edad Media atestadas de visiones, falsas profecías y supuestos milagros, dió origen á la secta famosa de los Mormones en el nuevo hemisferio.

¿Hay, por ventura, dijo Weishaupt, jefe de los Iluminados en Alemania, hay absurdos que no creyeran los hombres?—¡Verdad eterna! ¡verdad infalible y que puede servir de epigrafe á la historia de los Mormones!—Pero ¿quién fué ese José Smith? ¿Fué un impostor ó un visionario?—Su padre era un hombre de mediana fortuna, y dedicado á las faenas campestres tomaba tierras en arrendamiento: nuestro Smith recibió una educacion muy imperfecta, y estando muy próximo á cumplir el tercer lustro, apenas conocia las primeras reglas de la aritmética: su escritura no era recomendable bajo ningun concepto. Parecia, sin embargo, naturalmente inclinado á la meditacion, y no era locuaz ni jovial como los jóvenes de su edad. Los partidarios entusiastas de José Smith afirman que fué un hombre verdaderamente inspirado; sus enemigos le dan los apodos mas infamantes, calificándole de impostor, ambicioso y ruin. Nosotros, sin rechazar terminantemente ni admitir la primera ó la segunda de estas dos opiniones muy encontradas, no vacilamos en afirmar que José Smith comenzó por ser un visionario falsamente inspirado por sus alucinaciones, y que acabó por ser un impostor, llevado en alas de su insensata ambicion, como lo daremos á conocer en el número siguiente, sometiendo al tribunal de la mas severa critica no solo todos los hechos que llevamos espuestos, sino tambien las constituciones político-religiosas de los Mormones.

(Se continuará.)

SALVADOR COSTANZO.

UNA NOCHE DE HOSPITAL.

I.

Sin que necesitemos esforzarnos para llevar el convencimiento al ánimo de nuestros lectores, comprenderán desde luego que los hospitales militares en tiempo de guerra, están muy lejos de presentar la perfecta organizacion y regularidad en el servicio con que los admiramos en épocas tranquilas. Por esta razon el conocido en Toledo con el nombre del Nuncio, por haberlo sido su fundador don Francisco Ortiz en 1583, presentaba la noche del día 29 de noviembre de 1710, el espectáculo mas desconsolador que puede ofrecerse. Las tropas del Archiduque, á las órdenes de Staremberg y el marqués de las Atalayuelas, habian emprendido la retirada en pos de su titulado rey; pero á corta distancia de la ciudad hicieron alto, estableciendo baterías con las que hostilizaban sobremanera á la poblacion, causando notables daños en sus edificios y amenazando

realizar la intencion del general portugués de entregarla á las llamas en castigo de los desafueros cometidos contra los parciales del austriaco, y de la entrada franca que habian concedido á las tropas de don Pedro Ronquillo, brigadier al servicio de Felipe V. Era el don Pedro arrojado por extremo y de admirable constancia y entereza, por cuya razon, así pensó él en abandonar el pueblo, amilanado á vista de los tercios enemigos, como si tal cosa sucediera; antes bien, aprestóse á la defensa, y dando conocimiento á su rey de lo acontecido, sacó á las afueras parte de su gente, manobrando de tal modo que hostilizase al contrario de cuantas maneras fuese posible, barreando al mismo tiempo las entradas y sitios mas accesibles del pueblo, y disponiéndolo todo como quien está resuelto á no cesar un palmo de terreno; de modo que, obstinada la resistencia, y los agresores peritos y numerosos, ardía la guerra en torno de las murallas sin momento de vagar ni dar reposo á la mano. En tal situacion, no cesaban de conducir al establecimiento piadoso de que al principio hemos hablado, convertido en hospital de sangre, heridos y moribundos, lastimando el corazon con sus desgarradores lamentos ú ofendiendo la dignidad humana blasfemando horriblemente; aunque apresurámonos á decir que estos últimos vomitaban sus cobardes infamias en idioma desconocido para los oidos españoles, que no comprendieran en aquel tiempo semejante imbecilidad, aun cuando no hubiese sido extranjera la lengua en que se traducían. Fallaban camas donde colocar tantos desgraciados, á pesar de que los vecinos se habian apresurado á proporcionar colchones, donde colocados los heridos, esperaban tendidos en los patios y corredores llegase algun cirujano á prestarles socorro; pero los cirujanos escaseaban mas que todo, y gracias si algun caritativo religioso de los que recorrían las salas acudía en auxilio del misero, que tal vez hacia muchas horas se desangraba. Y este cuadro de infortunio, acompañado del estampido del cañon, que en toda la noche habia dejado de tronar.

En medio de aquel infernal concierto, se paseaba examinando cuidadosamente el rostro de algunos enfermos, un pulido lugarteniente (1) de tropas ligeras, tan afilado en su uniforme y tan rapado de barbas, que formaba contraste singular con las escenas repugnantes que le rodeaban por do quiera.

—Mala noche, señor lugarteniente Marquina, mala noche. ¿Puedo servir en algo á vuesarcé? le dijo un hombrezuelo pequeño y enjuto, que se hallaba sentado estendiendo un parچه aglutinante sobre la rodilla.

—Dios os guarde, maese Lagartija, respondió el preguntado con un magnífico timbre de voz de contralto. Solo busco algunos peones de mi compañía, que presumo han de hallarse por aquí.

—En la sala de San Diego, hacía el rincon de la derecha los encontrará, encomendados al doctor Melgar, que por cierto los atiende con el cuidado que se merecen, repuso el enfermero, ufano de entrar en razones con su distinguido interlocutor. ¡Caracoles, mi oficial! que en la salida de hoy ha dado pruebas vuestra merced de ser hombre que tiene sangre en el ojo. Digalo sino ese pobre capitán de caballos enemigos que nos está oyendo, á quien ha puesto maltrecho despues de coparle la mayor parte de su compañía.

—¿Se halla cerca, diceis, el valiente capitán de la descu-

bierta que hicimos esta mañana prisionera, gracias á una estratagemá?

—En el número 24, señor: y en verdad que, con licencia de vuestra merced, no puedo negar que me lastima el corazon escuchar sus quejas. Porque cuando viene alguno de esos otros condenados tudescos, ó escomulgados *guinglis*, ¡qué diablo! como los unos siempre parece que graznan y los otros que relinchan, no se sabe si les duele ó se chancean, porque, á mí, tan feos me parecen en un caso como en otro; pero, oír pedir socorro á un español, herido quizá por su compatriota, en la misma lengua que uno reza el Padrenuestro..... ¡Vaya, señor lugarteniente! vuesa merced dirá lo que quiera, pero yo lo tengo por muy cruel.

—Soy de tu mismo parecer, no lo dudes, buen Lagartija, añadió el jóven; y en prueba de ello, voy ahora mismo á ofrecerme á ese intrépido caballero, y socorrerle en cuanto pueda. ¿Son de gravedad sus heridas?

—Lo que es las heridas podrian pasar: dos bayonetazos en el pecho y una cuchillada en la cabeza; pero lo que mas cuidado me dá, es el delirio que suele acometerle algunos ratos: hace poco la tomó con una Teresa, que ¡ya, ya debe ser buena pieza! ¡Qué calentura le ha ocasionado al pobre!

—No lo estraño, exclamó el oficial con voz sombría; es nombre fatal: yo conocí una bien perversa.

Al decir esto se encaminó al lecho del herido, que pudo examinar á su sabor, por hallarse con los ojos cerrados. Un grosero vendaje cubria su frente; parte del rostro, manchado por la sangre, era imposible reconocer; pero, con todo, á los pocos momentos de observacion se hizo mas apresurado el aliento del jóven, sus labios palidieron, y acercándose al oido del enfermo, puesta la mano sobre el pecho, le dijo con una voz tan dulce como un suspiro de amor:

—Cárlós, ¿no me oyes?

A estas palabras estremeciése el capitán, fijó la vista con espanto en el que le hablaba y las compresas de sus heridas parecieron enrojecerse de nuevo. Incorporado trabajosamente sobre el mezquino lecho, trató de reconocer en vano al que tenia delante; pero la luz era escasa, y la debilidad extrema del paciente le hacia confundir los objetos, de modo que solo pudo entrever una especie de sombra indefinida, que le prodigaba su cariño, tratando de calmar su agitacion.

—Alma querida, dijo en acento tan quedo que apenas se le percibia. ¿Vienes á unirme con la que nunca te debió abandonar? Pues no te alejes, y pronto volarás al ciclo unida con tu compañera.

Y comenzó á llorar con la ternura de un niño.

El jóven oficial, sin acertar á soltarle de entre sus brazos, parecia haber perdido el juicio segun los titulos que le daba, y no sabemos en que hubiera parado el suceso, que ya empezaba á llamar la atencion, á no haber sobrevenido un capellan castrense, que, tocando en el hombro al lugarteniente, le llamó aparte para decirle:

—Ese capitán herido, de quien parece sois amigo, está condenado á ser pasado por las armas á la primera hora de la mañana, y vengo, de órden del general, á prepararle á la muerte: os lo aviso, para que arregleis con él los negocios temporales.

—¿Qué decis?

—La verdad, por desgracia. El enemigo, aprovechando la oscuridad de la noche, acaba de sorprender la batería de dos cañones que defendía el puente de Alcántara, pasando á cuchillo los defensores, y ahorcando á su jefe de los

(1) Empleo igual al de subteniente en nuestros dias.

pretiles. Irritado don Pedro Ronquillo con este proceder bárbaro, trata de escarmentar á los contrarios usando de represalias en la persona del único oficial prisionero, de graduacion igual al sacrificado.

—Está bien, replicó el lugarteniente, volviendo á recordar su aparente indiferencia: desempeñad vuestro santo ministerio, mientras yo cumplo con mi deber.

Y al decir esto salió ligero de la sala, sin que pudieran detenerle ni aun las habladurias de Lagartija.

II.

En tanto que los sucesos caminan á buscar su desenlace, que no puede hallarse lejos segun al extremo á que los

hemos visto llegar, hagamos una breve pausa para dar cuenta del origen y alternativas acaecidas á la intimidad estrecha de los dos bizarros militares que dejamos asaz comprometidos en el cuadro anterior; y por cierto que aun cuando tenemos que retroceder á fecha harto remota, hemos de hacerlo en breves razones, pues no tenemos ocasion ni voluntad de ser difusos.

Cierta mañana de las mas calurosas del estío, bastantes años antes del periodo en que nos hallamos, llegó travesando con otros muchachos de su edad á la orilla del camino de Toledo, el hijo primogénito de un ilustre señor, establecido con su esposa en una quinta de las inmediaciones. Habiase parado la infantil caterva á contemplar el tierno espectáculo que ofrecia un niño enfermo de la vista,



Vista de la escalera del hospital del Nuncio en Toledo.

segun indicaba el tafetan verde que le sombreaba la mitad del rostro, sentado en un ribazo y llorando con la mayor afliccion, y otra niña algo mayor sumamente apurada por no poderle consolar. Segun lo empolvado que se hallaba el pobre traje de los dos hermanos (pues lo eran efectivamente), debian haber recorrido larga jornada para tan pocos años, hasta que fatigado el tierno enfermo, sin que bastase la solicitud con que su hermana guiaba su oscuridad sin abandonarle un punto de la mano, cayó rendido, protestando con inocentes frases no le era posible pasar de allí.

—¡Pobrecillo! exclamó el hijo del hidalgo antes mencionado, que siempre era como cabeza de los otros; ¿por qué no os acompaña vuestro padre?

—No tenemos padre, respondió la niña.

—Pues vuestra madre; lo mismo dá.

—Está con calenturas en la cama, y como mi hermanito tiene los ojos muy malos, le acompañaba yo á Toledo para que le viera un médico antes que se le pongan peor.

—¿Y venís de muy lejos?

—Del Quintanar.

—¡Anda, anda! prosiguió el muchacho pregunton, pues ya llevais andada legua y media y aun os falta otra bien larguita hasta la ciudad. Es imposible que pueda llegar ese chico con este calor, si no descansa antes en casa. ¡Vámost! dijo volviéndose á los otros; ¿quién quiere ayudarme á llevar á cuestras á este chiquitin, cuando yo me canse, y le daré un peon con punta de tope?

—¡Yo, yo, yo! dijeron todos saltando alrededor.

—No necesito mas que uno, contestó, que no es mucha la distancia. Vaya, ¿quieres venir? almorzarás bien, y te daré un pajarito además de otras manzanas como esta, le dijo al enfermo, dándole una fruta para captarse su benevolencia, y viendo callado al antes tan afligido, juzgando el silencio consentimiento, se le montó en hombros, y tomó el camino de la quinta con gentil desembarazo.

Escusado es decir que fueron los dos niños acogidos con la mayor benevolencia en casa de don Antonio Contreras, ufano con poder comentar en los alrededores el rasgo generoso de su hijo Carlos; y resuelto á llevar á cabo la noble accion del heredero de su casa, pues ni aun á éste queria ceder en finura de sentimientos, tomó por su cuenta la suerte y porvenir de los dos huérfanos Juanito y Teresa, atendiendo con largueza á sus necesidades, y procurando recibiesen la educacion conveniente á personas de cuya enseñanza él se encargaba. Así volaron algunos años, sin ocurrencia que de contar sea; mas, al cabo de este período, consignaremos que Juanito no habia pasado de ser un palurdo con sus ribetes de malicia cortesana, animal de la peor especie que puede imaginarse, aunque demasiado tonto para ser dañino, como no le pongan la ocasion muy á la mano, por lo cual no volveremos á nombrarle. En cuanto á su hermana, era cosa muy diferente, y merece que nos detengamos algun tanto.

Creció Teresa en hermosura y gentileza, hasta el punto de causar envidia á las mejor prendidas beldades de la ciudad y campiña, arrebatando en su contemplacion á los manebos mas granados, de quienes se oia prodigar ternezas, aun antes de comprender ¡cosa rara! que pudiera merecerlas. Unicamente habia comprendido hacia tiempo, cabalmente al atravesar ese tránsito resbaladizo y tan lleno de peligrosas ilusiones, que conduce á la niña á renunciar á su infantil abandono para encastillarse en la reserva de la doncella; habia comprendido, volvemos á decir, que cuando Carlos, gallardo cual ninguno, abandonaba su lado procurando reprimir el despecho si otro mas adelantado llamaba su atencion con requiebros y galanteos, ella se afligia, y buscando el lado del enojado:—Carlos, le decia, me parece que te ofendes cuando me alaban, y si esto es así, mejor quisiera ser fea para no darte disgusto.—Al escuchar esto enloquecia de contento el celoso caballero, y la pedia perdon prometiendo contenerse en adelante, y la pedia tambien procurase aumentar en gracias cada dia, si deseaba verle con regocijo, y no sabemos hasta donde hubiera llegado con sus peticiones, si don Antonio, algo advertido de aquellas amistades no hubiera acudido á cortarlas anunciando á su hijo con terminantes frases que, hallándose en edad de tomar estado, tenia concertados sus esponsales con una rica heredera, proporcionada en calidad á su renombrado abolengo.

En ninguna ocasion manifestó don Carlos respeto mas profundo al autor de sus dias, pero tampoco dió nunca pruebas de mayor entereza, haciendo presente á su padre el firme propósito en que se hallaba de no recibir por mujer á otra que su compañera de infancia. Calló el anciano,

resuelto á tomar determinaciones proporcionadas á la repulsa que se le oponia, y para esto citando á su presencia á la madre de Teresa, hizola consentir, valiéndose ya de ruegos ó amenazas, ya de promesas ó dádivas abundantes, en que su hija seria conducida á un convento de Toledo, donde sepultaria el amor insensato que en mal hora dejó nacer para oprobio de la familia que la dió acogida en su seno. Participaron este acuerdo á la jóven, victima de la razon de estado, como el único medio de salvar á Carlos del severo castigo á que se haria acreedor de no verificarse; recurso eficaz de arrancarla su consentimiento, aun para mayor sacrificio. Mas era imposible que la causa de tal desaparicion quedase oculta para el burlado amante, aunque mucho lo procuraron sus autores, creyendo así reducirle á mejor consejo, antes bien á los pocos dias puesto en tratos con el objeto de su pasion, merced á un demandadero codicioso, que no tuvo reparo en proporcionarle entrada en la cerrada clausura, determinaron ambos apelar á la fuga, y refugiados en tierra estraña, gozar en ella la tranquila dicha que sus naturales deudos les negaban.

No habia que dudar: cambiado el traje de Teresa por otro ageno de su sexo, verificóse la evasion, y el buen principio les auguraba resultado feliz, cuando, sin mas compañía que su loco pensamiento, ni otro séquito que un criado, se internaban en el corazon de los montes con intento de ganar la Sierra-Morena y á la primera oportunidad tomar pasaje para el Nuevo-Mundo. Pero no habian contado con una cuadrilla de malhechores que en aquellas fraguras ejercian sus fechorias, y considerando buena presa á los tres caminantes, con una descarga hecha á quemaropa privaron á don Carlos de la vida, dejando á su enamorada falta de apoyo, pues el mozo de caballos se puso en salvo á todo correr del suyo.

Diligentes anduvieron los salteadores en registrar las maletas, pero no tanto que impidiesen á una partida de la Santa Hermandad caer sobre ellos, guiada por el estruendo de las armas de fuego, poniendo en fuga á los malsines, que no quedaron en el campo. Por él vagó Teresa muchas horas, abandonada al instinto de su caballo, que la condujo por fin á una villa considerable, donde, llorando muerto á Carlos, é imposibilitada de volver á su tierra, en la cual su fama yacia perdida, fingiendo nombre y ocultando su calidad de mujer, sentó plaza en una bandera de soldados que un reclutador enganchaba para servir á Felipe de Borbon, único medio que se le ocurrió por de pronto, con objeto de frustrar cualquier pesquisa si acaso era perseguida. De esta manera ascendió á lugarteniente á vuelta de algunos años de guerra, y vino al hospital del Nuncio á reconocer en el maltratado capitan del Archiduque á su compañero de aventuras, segun habrán comprendido nuestros lectores, recogido y curado por los cuadrilleros. Volvamos ahora á tomar el relato en el punto que le dejamos interrumpido.

III.

Era la mañana plácida y sosegada: el sol, encapotado por densas nubes los dias anteriores, parecia estender su tibia y bienhechora influencia con el cariño de un amigo, sobre los fértiles campos que rodean la imperial ciudad. Al sentir su calor agradable las flores erguan su corola, el pájaro abandonaba su nido lanzando pitidos de alegría, y toda la naturaleza, sorprendida agradablemente por el rey de los

astros, parecía agradecer su visita inesperada, mostrándole sus mejores galas, á ostentando en obsequio suyo el cántico con que al Padre de la creacion le plugo dotarle. Mal hemos dicho, porque el hombre en aquel armonioso parábien continuaba la obra destructora y sangrienta á que dió comienzo en las primeras edades.

Una compañía de soldados, precedida de una destemplada caja de guerra, marchaba á su compás por la ribera izquierda del Tajo, cercada de un tropel de esa gente menuda, siempre dispuesta á gozarse en espectáculos repugnantes. En el centro de la escolta era conducido el capitán Carlos al sitio en que debía ser arcabuceado. Avanzaba lentamente apoyado en los brazos de dos granaderos, pues sus heridas le hubieran impedido ir de otro modo, contestando fervoroso á las exortaciones del sacerdote, que al llegar al término fatal fué el encargado de decirle:

—Hijo, has puesto el pié en la primér grada de la escala que ha de conducirte á tu verdadera patria.

—Estoy pronto, respondió el sentenciado.

—Ahora bien, volvió á decir el capellan; ¿no te resta algun deber de conciencia que cumplir, algun perjuicio grave que subsanar?

—Anoche, padre, tuve una especie de sueño en que juzgué me llamaba la incauta que por mí abandonó todos sus deberes. Sin duda es muerta; pero si acaso se tuviese noticia de ella, cuide vuestra merced que se cumpla la condicion de mi testamento, por la que dejo asegurado su porvenir.

Temiendo enternecerse demasiado, quiso don Carlos abreviar el trance, y desasiéndose de los granaderos que le sostenian y abrazándolos con cariño:

—Amigos, les dijo; tomad esta bolsa para que bebais por la España; y ahora retiraos un poco, que desearia, si puedo, recibir la muerte en pié.

Así lo hicieron enjugándose el llanto con el revés de la mano. No quiso el capitán le vendasen los ojos, y si no dobló la rodilla, nadie lo achaque á movimiento de soberbia, que solo fué por no dar sospecha de ánimo débil. Se le habia concedido la gracia de mandar hacer fuego: los encargados de esta dolorosa mision esperaban en buen orden: nada restaba ya, y don Carlos saludando con la mano:—Adios, señores, dijo con voz entera, rogad por mí. Preparen, apunten..... un momento mas y todo habria concluido; pero se vió al jefe de la escolta alzar con su espada rápidamente la punteria de los arcabuces, exclamando al mismo tiempo:—¡Alto, alto!—Pronto se resolvieron todas las dudas. Un oficial corriendo á toda espuela apareció á lo lejos agitando en el aire su pañuelo blanco. Al punto se le oyó gritar claramente:—¡Perdon, en nombre del rey!—Y llegado frente al comandante se arrojó del caballo y puso en sus manos el pliego de indulto, corriendo en seguida á sostener á don Carlos que vacilaba desatentando, diciéndole con loco frenesí.

—Ya se acabó el disimulo; Teresa del Quintanar es la que te sostiene en sus brazos: mírala bien, sí; pero con mas dulzura. ¿Estrañas mi uniforme? Esta vez será la última que puedas verme disfrazada de este modo.

Trabajo le costó al capellan, unido al jefe de la fuerza, sosegar el tumulto que se armó á consecuencia de tan estraño caso. Mas como una vez de acuerdo ambas autoridades nada encontraran imposible, pronto calmaron el desasosiego, trasladando luego al capitán á un alojamiento decente donde consiguiera restablecerse.

En tanto, dice el narrador de donde tomamos esta cro-

nica, averigüemos nosotros como pudo Teresa conseguir el perdon de su amante. Para esto lleguémosnos boníticamente hasta la plaza de Zocodover, donde todo se vuelven corrillos comentando el hecho: hagamos parada cerca de ese, donde un cabo de escuadra, andalúz por mas señas, dice lo siguiente con infulas de muy enterado.

Salió del hospital la jóven lugarteniente, determinada á los mayores esfuerzos por salvar al prisionero. Pedir la gracia simplemente era pensar en lo escusado: debía conseguirse como premio; arrancarla, digámoslo así, al carácter impasible del brigadier Ronquillo. Pensando en eso fué Teresa, en hora que los oficiales estaban ausentes, al alojamiento del batallon á que pertenecia el capitán ahorcado por el enemigo y los defensores degollados sobre la batería. Empezó reprochando á los soldados su mengua por no acudir á tomar satisfaccion de la ofensa hecha á su regimiento; siguió ponderando el valor manifestado por otros en circunstancias parecidas, y tanto dijo, que fuera de sí le propusieron se pusiese á su cabeza, ya que con tan pocas barbas blasonaba de tan valiente, para recuperar el honor y la artilleria perdida. No quiso escuchar otra cosa: hizo ocupar unas barcas con el mayor silencio, desembarcó á la otra orilla en medio de una lóbreguez profunda, y atacando la posicion por su retaguardia, en muy poco rato habia dado cima á la empresa, para correr á presencia del general con la bandera austriaca arrebatada por su intrepidez, á solicitar la vida de don Carlos, como mujer y esposa suya. El asombrado veterano nada supo negarla, y ya el lector sabe lo demás.

Ahora diremos que entrambos amantes, unidos con el lazo del matrimonio, quisieron perpetuar su encuentro en el hospital del Nuncio, y para esto regalaron á la sala donde Teresa reconoció al capitán, un hermoso cuadro de San Juan Evangelista, cuyo nombre llevaba, el cual fué luego, cuando la reedificacion de la casa en 1790 por el cardenal Lorenzana, colocado en la suntuosa escalera, segun se advierte en la lámina que acompaña nuestro artículo.

DIONISIO CHAULIÉ.

HONFLEUR.

Honfleur es una ciudad y puerto de Francia, capital de canton (Calvados) á dos leguas S. E. del Havre, en la embocadura del Sena y situado á su margen izquierda. Como todo puerto de mar, es una ciudad mucho mas comerciante que fabril; sin embargo, hay algunas fábricas de encajes, de caparrosa, hay muchas cordelerías, cervecerías, refino de azúcar, lencerías y astilleros. Cuenta 19,130 habitantes y es depósito de frutos coloniales. Tiene un bonito edificio que sirve de tribunal de comercio, además existe en ella subcomisaria de marina, direccion de contribuciones indirectas, bolsa y escuela de náutica. La pesca mas abundante en este bellissimo puerto es el arenque, sarga y pescadilla, y escusado es decir, que una de las principales industrias de tan deliciosa ciudad es la salazon de pescado.

Existe en ella una curiosa costumbre, que es la que representa la lámina que tenemos el gusto de ofrecer á nuestros lectores. Se conoce esta costumbre con el nombre de

limosna del mar, y consiste en que todos los pescadores, despues de atracar sus débiles barquillas al puerto, al dirigirse á sus moradas socorren á cuantos pobres, ancianos o imposibilitados encuentran en su camino, no con dinero, sino con especies; es decir, segun ha sido la pesca dan uno ó mas peces á los necesitados que hallan á su paso. Y está tan arraigada esta práctica que estos no tienen que pedir tal ofrenda, sino que basta se coloquen en el camino, y



La limosna del mar.

cuantos pescadores pasan contribuyen gustosos al bien de los pobres. ¡Sublime ejemplo de caridad y de costumbres patriarcales! Honfleur fué en lo antiguo muy floreciente, pero ha decaido mucho desde la fundacion del Havre. Carlos VII la tomó á los ingleses en 1440; los calvinistas se apoderaron de ella en 1562, y finalmente fué la última ciudad de Normandia que se sometió á Enrique IV.